



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE MISA CRISMAL 2020

No resulta fácil abstraernos de las circunstancias tan singulares en medio de las cuales celebramos este año de gracia, de 2020, la Misa Crismal. Aunque tengamos que referirnos al drama sanitario y humano que vive nuestro pueblo en nuestras palabras y , sobre todo en nuestra oración, centrémonos, al menos inicialmente, en la Palabra de Dios que ilumina la presente celebración.

Que hermosas y especialmente que oportunas resuenan las palabras del Libro de Isaías (Is 61, 1-3a. 6ª. 8b-9), que hemos escuchado como primera lectura. Que enorme deseo sentimos de que se siga cumpliendo el pasaje del Evangelio de San Lucas (Lc 4,16-21), que acaba de ser proclamado; por ello, suplicamos a Jesús, al “Ungido” por el Espíritu Santo, al enviado a “evangelizar a los pobres” y a “poner en libertad a los oprimidos”, que siga haciendo resonar su palabra de curación, de consuelo y de esperanza en el “hoy”, en el que Él sigue cumpliendo la Escritura; en el “hoy” que estamos viviendo y sufriendo, tan sumamente necesitado de su presencia y su misión.

Él va a seguir haciéndose presente en el signo de los Óleos que vamos a bendecir y en el Crisma que vamos a consagrar: Óleo de los Catecúmenos con el que estos son preparados y dispuestos para el Bautismo; Óleo de los Enfermos con el que estos reciben alivio en su enfermedad y consiguen el perdón de sus pecados; Santo Crisma con el que serán ungidos los nuevos bautizados y signados los confirmandos, se ungerán las manos de los nuevos presbíteros, y se consagraran las iglesias y los altares.

Y Él seguirá haciéndose presente, sobre todo, en la Eucaristía en la que renovaremos su Misterio Pascual, y a la que especialmente nos sentimos unidos hoy, anticipando el Jueves Santo, los llamados y escogidos por Él para prolongar su sacerdocio al servicio de nuestros hermanos, en el seno del Presbiterio de nuestra Iglesia diocesana de Orihuela-Alicante.

En esta Misa Crismal, celebrada de un modo tan distinto a todos los otros años: sin pueblo, sin presbiterio – con solo una limitada representación--, y sin renovación de las promesas sacerdotales, que posponemos a cuando esto sea posible; en una celebración así, además de acoger, entorno a la Palabra y la Eucaristía, la consagración del Crisma y de los santos Óleos y de vivir su profunda significación sacerdotal, considero como un especial deber que toda ella se vea traspasada por una gran oración de nosotros sacerdotes elevada a Dios, en las presentes y dramáticas circunstancias, suplicando por todo su Pueblo, especialmente por cuantos viven inmersos en el dolor y el sufrimiento, por los difuntos y por los enfermos, por sus familias y todos aquellos que están a su servicio.

Por todos ellos va nuestra oración, sintiéndonos muy cerca de todo el Pueblo de Dios, para el que hemos sido ordenados como sacerdotes. Sabiéndonos parte, además, de un cuerpo social por el que pedimos a Dios la salud; llevamos días de confinamiento, de experiencia de desierto, solos y a la vez conectados con tantísima gente que se comunica con nosotros, que nos pregunta y silenciosamente nos reclama, deseando estar al lado de quienes luchan contra la enfermedad y contra el mal.

En medio del drama, demos gracias a Dios por tantas muestras de bondad e iniciativas de solidaridad en nuestra sociedad; y recordemos ante El, fuente y origen de todo bien, como desde el primer momento van surgiendo en nuestra Iglesia diocesana constantes gestos de creatividad en el servicio, de los que dan fe nuestros Comunicados y Cartas al clero y a la comunidad diocesana: Cáritas, Migraciones, Pastoral de enfermos y mayores, Pastoral penitenciaria, Catequesis Y Liturgia, Jóvenes e ITIO, Seminario, profesores, familias y responsables de Colegios, los religiosos y consagrados en la oración y los servicios, tantos laicos y sacerdotes haciendo presencia en hospitales, residencias, en las casas y desde las parroquias y asociaciones, acercando la oración y la Eucaristía a todos, por el creciente uso de los medios de comunicación, como estamos haciendo ahora mismo; sumándose a múltiples iniciativas sociales y apoyando a quienes directamente, como médicos y sanitarios, en los servicios públicos y de abastecimiento, trabajan remediando a tanta gente en una enorme, gran necesidad.

Especialmente, permitidme recordar en la gran oración de hoy, a los familiares de los enfermos, a los que no se pueden acercar, y a los que lloran a sus difuntos sin lugares ni expresiones de duelo, en este drama, inédito quizás

en toda la historia de la Humanidad, de tantísimas muertes por enfermedad y el duelo subsiguiente, vividas en la más dramática soledad.

En medio de estos momentos, realmente dantescos e increíbles en tantas cosas, Vos Señor seguís tocando nuestros corazones, lo hacéis abriéndonos a hacer el bien, a ser sensibles y solidarios, haciendo que pensemos más en los otros que en nosotros mismos. Es la fuerza de tu Espíritu que abre nuestro interior y nos hace amar. Te pedimos llenos de confianza que nos mantengas en tu amor, que nos hagas “vivir para servir”, como nos indicaba Papa Francisco en la Misa de ayer mismo, Domingo de Ramos.

Te pedimos fe, mucha fe en las presentes circunstancias, que realmente son una gran prueba. Que oportuno, también, el pasado día el Papa, en su acto de oración y adoración eucarística del 27 de marzo en San Pedro, al escoger el pasaje del Evangelio de “la tempestad calmada”; hoy, como entonces, tus discípulos gritamos asustados, esta pandemia es una gran tempestad de increíbles proporciones, histórica a muchos niveles y no sólo sanitarios, las cosas después jamás serán igual; danos fe, Señor, para superar el miedo y esperar; calma la tempestad, óyenos y ten piedad.

Que te sepamos ver, aunque estés callado y como dormido igual que aquel día, que sepamos descubrir y entender lo que nos estas diciendo en este desastre, en esta tempestad; haz que te sepamos presente, que sepamos sentirte para confiar y abandonarnos en ti y, así, ser tus testigos ante tantos que sin casi decirlo te buscan, ante todos, que sin casi saberlo, te necesitan. Y quita también toda niebla de egoísmo de nuestros ojos, y así te serviremos en las personas a las hemos de saber escuchar, acoger y servir.

Señor Jesús, en esta Misa Crismal, ven a nosotros con tu Espíritu Santo, úngenos con tu fe y tu amor, haznos fuertes y esperanzados, especialmente a tus sacerdotes; a mis hermanos sacerdotes de la diócesis, a los que, junto a nuestros Obispos Eméritos, manifiesto gratitud en circunstancias tan especiales, en las que seguís fieles y entregados; en templos cerrados, pero llenos del amor y de la comunión de toda la Iglesia en las Eucaristías que diariamente celebramos; siendo, además, muchos muy creativos, en momentos que ponen a prueba la verdad de nuestra vocación y nuestra entrega como pastores. Son momentos de demostrar qué clase de curas somos: viviendo, con empeño y sin resignarse a la adversidad. Viviendo la inspiración de las líneas pastorales de

nuestra diócesis, promoviendo una Iglesia abierta, en salida, sensible, cercana y comprometida por la evangelización y el servicio de nuestra sociedad.

Por todo ello, síguenos sosteniéndonos, Señor, para ser en esta tempestad presencia tuya, presencia de tu amor; sembradores de la esperanza que nació con tu Resurrección.

Que María, madre tuya y nuestra, ante cuya imagen del Remedio celebramos, tal como ella hizo en las Bodas de Cana, interceda para que así nos lo concedas. Así sea.